

# Prólogo

No tengo ni idea de lo que es sentirse extremadamente inteligente. Si pudiera leer libros y recordarlos como quien masca chicle y a la vez estar en todas las fiestas, quizá diría que sí. Si supiera tres veces más sobre física de lo que corresponde a mi edad sin ni siquiera esforzarme y a la vez tuviese unos abdominales de estatua griega, quizá diría que sí. Es lo que tiene grabar vídeos para YouTube, que al final endiosas a tus propios amigos.

Aunque (como es obvio) no puedo llegar a comprender qué ocurría en la mente de los grandes genios que encontrarás, lector, unas páginas más adelante, sí me huelo qué dos ingredientes se juntaron para que precisamente personas tan jóvenes dieran en el clavo: estar a la última y ser unos inconscientes.

Me gusta mucho una frase de Douglas Adams, el autor de *Guía del autoestopista galáctico*, que decía: «Todo lo que se haya inventado entre tus 15 y tus 35 años es nuevo, emocionante y revolucionario [...]. Todo lo que se invente después de que cumplas los 35 irá en contra del orden natural de las cosas». Desde mi propia experiencia, me parece una afirmación muy acertada. Por eso no nos debe extrañar que la innovación venga de esa gente «de veintitantos» que está al pie del cañón, siempre atenta a lo último que se crea en este mundo para entenderlo o probarlo. Quedarse repantigado en lo convencional, en la tradición al fin y al cabo, por lo general nunca lleva a descubrir nuevos territorios.

Pero ser moderno no es suficiente: se necesita un momento de libertad para poder canalizar todas esas buenas ideas en un invento,

un descubrimiento, un proyecto sólido en definitiva. No sabemos si Newton habría enunciado sus leyes, que cambiaron para siempre la civilización, si un brote de peste no hubiera hecho que se enclaustrase en la casa familiar... Aunque este es un caso algo particular. Tras leer este libro, intuyo que la clave es una colosal borrachera de atrevimiento. Las figuras que se retratan en cada capítulo fueron personas que no dudaron en perseguir sus metas y hacer lo que consideraban correcto. Hombres y mujeres que no vacilaron al enfrentarse a las autoridades intelectuales de su época porque pensaban que tenían algo que aportar. Esa ingenuidad, esa valentía, ese ímpetu por crear y cambiar el mundo me parecen característicos de la juventud.

Pero voy a dejarlo aquí. No quiero que este prólogo parezca una charla de motivación para *entrepreneurs*. La realidad es que el factor suerte en este mundo es poderosísimo y, aunque no quiero quitarles mérito a todas las grandes figuras de la ciencia, el arte y la política, creo que es muy probable que sus nombres figuren en millones de libros no enteramente por sus atributos sino por haber estado en el sitio adecuado en el momento oportuno.

¿Es posible que hayan existido jóvenes ambiciosos con buenas ideas que no consiguieron llegar a la meta por razones fuera de su alcance? Es un pensamiento perturbador. Pero más perturbador es saber de grandes genios cuyas obras, por vivir en el momento histórico equivocado, han caído en el olvido. Es hora de sacarlas a la luz.

Y ya no te molesto más, lector. Vidas muy interesantes, que merecen ser recordadas, te aguardan a la vuelta de la página.

José Luis Crespo